





El racimo

El racimo/ Celia Caturelli  
–1ª ed. Buenos Aires, 2022–

ISBN 978-987-4914-31-6

© Celia Caturelli  
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522  
(1406) C.A.B.A.

[huesosdejibia.com](http://huesosdejibia.com)  
[facebook.com/editorial.hdj](https://facebook.com/editorial.hdj)  
[instagram.com/huesosdejibia](https://instagram.com/huesosdejibia)  
[huesosdejibia@gmail.com](mailto:huesosdejibia@gmail.com)

Edición: Walter Cassara  
Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Imagen de portada/Fotografías: © Celia Caturelli

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

CELIA CATURELLI  
**El racimo**



## PRÓLOGO

*El racimo*, morada de imagen y letra donde se forja el amoroso intento de sostener el precario equilibrio de las cosas. Allí, en el fino e irrepitible brillo de cada fotografía, de cada verso, se refleja tanto la belleza y el temblor de lo oculto como la aguda conciencia de lo efímero: las flores que fueron entregadas por amor serán las mismas que encontraremos después sobre una tumba.

En este bello libro, la nostalgia es el color y la fuerza desde donde van aflorando los poemas; lúcida sospecha de la ineludible ley que todo lo gobierna.

Pero la nostalgia no reclama el mito del eterno retorno: avanza abriendo un paso en la enramada de la memoria no para imponer el regreso sino para fundar un ir y venir sin tiempo ni medida entre el presente y el pasado. Allí, todo es recuperado en tanto que transformado. El poema salva, redime, triunfa sobre el poderío de la muerte. Y es una constante presencia de la muerte. La flor, centro último, oscuro laberinto, hermético núcleo de la conciencia, se abre al sol gracias al canto que, con su noctiluca irradiación, ilumina esa guarida cerrada al pensamiento diurno.

Palabra e imagen todo lo capturan. La palabra es la red con la que el alma rescata su propia historia. Al fondo de la red, lo vivido vuelve a crearse y recrearse sin fin ni principio, porque: “...entre el después y el ahora / no hay resquicios...” El tiempo, para el alma que desea, es solo una ilusión.

*El racimo*, como la marea, trae, una y otra vez, las inversas y complementarias presencias de imagen y palabra, como símbolos de lo absoluto e impenetrable.

El espectáculo que abre la lectura de estos poemas muestra una imagen bella pero fúnebre (Cementerio Querétaro México 2014) en contraste con el cielo por donde la mujer que canta, Celia, se desliza, buscando la abertura hacia el otro lado de la vida. Ella es la flor expuesta a toda escarcha y todo viento, es lo que, irreparable, se entrega a la intemperie del devenir.

En el presente poemario –que muy bien podríamos considerar un solo poema- la delicadeza del lenguaje no limita su fuerza expresiva. Las imágenes -fotografías-, a su vez, son de una

gran originalidad y belleza, y siempre pertinentes en su función significativa de una verdad más allá de la razón.

No son acompañamiento sino protagonistas.

“No hay amor de vivir sin desesperación de vivir”, esta afirmación de Albert Camus define genuinamente el rasgo peculiar de estos poemas. El texto se fragua allí, en la pasión –padecimiento- por lo que huye, es el desesperado intento de sostener el difícil equilibrio del mundo, constantemente a punto de hundirse. La conciencia lúcida ve el ocaso anticipadamente, interroga a la innombrable, acecha sus acechanzas. Duro trabajo en la cantera, nunca sabremos quién ni qué nos aguarda.

Los poemas de Celia Caturelli tienen la diáfana nitidez, concentración y sugerencia de la poesía oriental, sin por ello renunciar a la libertad de un habla clara, libre y directa. Por momentos, coloquial. Poemas que la autora, con su capacidad para asir el instante, espiritualiza y eleva por encima de su engañosa cotidianidad.

Es tradición considerar que razón y emoción son las fuentes generadoras del arte. Pero, buscado voluntariamente o no, se suscita en nosotros otro estado capaz de dar origen a un acto creador: la meditación. Se trata de una concentración que tranquiliza y vacía la mente y la torna abiertamente receptiva a lo que está sucediendo en un lugar y en un momento determinado, permitiéndole capturándolo –en imagen y palabra- en su esencialidad más profunda.

Pero esto no quiere decir que no haya situaciones dramáticas: “...*el corazón lleva huecos negros / por donde silba el viento...*” La vida lo es y esta condición se cumple sin excepciones en todas sus criaturas. Las cosas presentan un costado de irracionalidad que puede ser pensado como destino: todo está predestinado a mostrar una presencia a la vez que una ausencia.

Este aparecer y desaparecer es la condición temporal en la que todo está sumido, mero acontecer disolviendo la fluencia del existir, o sea, el río, que nunca es el mismo y que todo se lo va llevando.

Pero el poema es la ineludible exigencia de hacer luz en la realidad, de reparar, recuperando lo que la memoria ha guardado con tanta eficacia. Reparar las grietas de lo perdido. Toda creación es una curación que intenta superar la pérdida, recobrar el



significado primigenio de la verdad, volver a los inicios, desandar lo andado: memoria del nacimiento; dejándonos la convicción de que la verdad no está en la horizontalidad del mundo, sino en esa condición única que le es concedida al hombre: la verticalidad de su relación con lo Absoluto.

No un Absoluto confesional sino un Absoluto existencial.

Crear es hacer mundo y hacerse a sí mismo.

La autenticidad de este hacer produce un ahondamiento en el conocimiento y armonización del propio ser, es decir, una cura, que va desde lo más ínfimo e íntimo de nuestras células hasta lo más dilatado y desconocido de nuestra alma.

Elegir escribir, atesorar imágenes, es hacer uso de esa cierta libertad que no es ni más ni menos que un amor indebido agitando el fuego. Indebido ya que nace de la desmesura del corazón humano. Pero ese amor, esa desmesura, salva aquello que reconstruye con paciencia y sabiduría minuciosa. Entonces:

*“...por qué no la vida entonces siempre la vida  
aunque perdamos nuestras hojas y el dolor  
fluya en cada una de las nervaduras como  
los ríos de arena roja en las arterias de Marte  
arrastrando el polvo de todo el universo  
por qué no la vida solo la vida...”*

*María Rosa Maldonado*



## **primera flor**

mi amiga dice que no le  
gusta que le obsequien flores  
porque ellas con su belleza  
perfume y transparencias

hablan de una tumba abandonada  
de una fiesta concluida  
de alguien que alguna vez te quiso  
pero ahora es un perfil desdibujado  
y como el agua derramada sobre  
el piso caliente del verano  
se evapora sin dejar rastros

y yo le regalaba flores

una y otra vez se las enviaba  
pensando que ellas las flores más  
eran mensajeras de brillos tornasolados

así como brillan los cabellos de las chicas  
cuando salen del mar relucientes de futuro

así pensaba brillarían mis flores mensajeras  
entre los dedos de mi amiga exhalando sus  
colores sus formas sus misterios

una tarde visité un cementerio en un país  
que no es el mío el polvo cubría nombres fechas  
fotos pequeñas como estampillas vírgenes de yeso  
huesitos de algún pájaro que se cayó del nido  
así como se nos caen ciertas lágrimas casi  
sin quererlo y a escondidas

y allí estaban mis flores mensajeras  
secas marrones de cenizas  
cenizas voladoras impalpables  
que ya ni lastiman de tanto tiempo arrebuja  
do  
escarabajo de oro sin séquito  
trasparente carne olvidada  
las flores más

## **segunda flor**

parado estabas ante mi puerta  
con la rosa roja por supuesto  
en la mano delgada y blanca  
tan sin nada tan sin cuerpo  
como si todo el gris del invierno  
se hubiese volcado en esa palidez  
y transparencia que más larga era  
que los sueños de la gente joven  
que somos vos y yo en el recuerdo

ni todos los grises son tan fríos  
ni todos los inviernos tan delgados  
que apenas caben en el aliento  
vapor azul que nos sale de la boca  
exiguo rastro de un animal muerto

porque esa rosa no era roja  
esa rosa no era cielo reventando  
de verano grillos y mosquitos  
resbalando de carne fresca  
de sandía y de noches sin límites  
esas noches de rosas rojas y melosos  
pétalos como paladares bebiendo  
néctar bebiendo eternidad bebiendo  
vida no era roja esa tu rosa  
esa frágil rosa que una vez me  
regalaste al abrir la puerta

